

Iregua o el río de la vida

Por Julio Arnaiz



Sobre las aguas del río
que tantas veces soñara
llorando vienen historias
por la corriente arrastradas
y es tan grande la alegría
que sus orillas abrazan
que desde lo alto del monte
lo mismo cuando ya bajan
desde aquellas altas cumbres
en gran pena transformada
los ecos de sus canciones
siempre sonrien al alma,
y aquí se repiten siempre
mientras baje el río agua.

Es la historia de Cameros,
la historia que no se calla,
la que cuenta entre murmullos,
entre voces y palabras
que dicen con tono bajo,
como verdades se cantan,
que estos pueblos cameranos
que fueron gloria de España
se lamentan de un ayer
lleno de grandes hazañas.

Ay, río Iregua, Cameros,
de tan grandes resonancias,
Villanueva, Torrecilla,
Ortigosa o Villoslada,
uno que nombremos y
Cameros se apellidara,
al instante se reflejan

en sus espejos el alma
de estos lugares de ensueño
que pinta el Iregua y baña.

Cuando a recordar me pongo
tus epopeyas cantadas
nos hablan de grandes hechos
y de glorias ya pasadas,
de una industria floreciente
y el comercio de la lana,
ganaderos trashumantes
y de ganados cabañas
que al toque de los cancerros
y al toque de las campanas,
lentos de vitalidad
esta sierra camerana
gozó de gran esplendor,
de vitalidad y alma;
si pudiera como tú,
Iregua de mis entrañas,
cantar la misma canción
aunque sea distinta agua,
agua que vas o que vienes,
agua que nunca te paras,
que olvidas de dónde llegas
y por qué vienes tan brava
a recordar esos hechos
que cuentan historias magnas:
laboreos de pastores,
de apriscos y de majadas,
oficios que se olvidaron
hace ya décadas largas;
hubo comercio de paños

donde se bataneaban
telares de fino hilo
y piezas de gruesa lana;
si yo pudiera cantarte
estas canciones cantara,
Iregua que fuiste ayer,
que serás tal vez mañana
la sempiterna canción
de este valle y sus montañas,
mas, no tengo entonación
ni tengo lo que hace falta
para componer la música
que musita cosas tantas;
río Iregua, fuiste ayer
y acaso serás mañana
el narrador de las crónicas
de Piqueras, Peñaclara,
para llegar hasta el Ebro
que las archiva y las guarda,
que seas ya para siempre
el contador que las narra,
las recuerde, cuente y cante
aunque sea la misma agua.